

COSAS SUYAS

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
(Conde de Canilleros)



REALMENTE, se llamaba Francisca Marqués López. Había nacido en Tarazona, el 9 de Marzo de 1888. Se crió en Montpellier y fue luego costurera en Barcelona, con un sueldo de doce pesetas semanales. Siete pesetas diarias cobraba al iniciar su vida artística, para lo cual la animó una de las cantantes del barcelonés salón Gran Peña, a la que Francisca le cosía. Hizo el debut con trajes prestados y rodó por salas modestas y cafetines de las Ramblas hasta el año 1911, en el cual se le abrieron las puertas de la popularidad en el escenario del Teatro Arnau. Entonces empezó a sonar el nombre artístico que se haría famoso: Raquel Meller.

Del Paralelo de la capital catalana pasó al madrileño Trisanóm Palace, situado donde hoy está el Teatro Alcázar. Después su fama no tuvo límites y paseó triunfalmente su arte por los mejores escenarios de Europa y América, con éxitos sensacionales en París, Londres y Nueva York. Aquí cobró doscientos mil dólares por un mes de actuación, equivalentes hoy a doce millones de pesetas. Canciones de su repertorio, como «El Relicario», «La Violetera» y «Valencia», perduran, immortalizadas por el recuerdo de su genial interpretación. De los escenarios pasó a las películas, con el mismo éxito. Le fueron concedidas numerosas condecoraciones nacionales y extranjeras, entre ellas la francesa Legión de Honor, la española Cruz de Alfonso XII, la británica Foz Merit y la belga Gran Orden de Leopoldo II.

Yo no alcancé a Raquel en su época de esplendor juvenil. Cuando la vi por primera vez, en 1929, pasaba de los cuarenta. Su belleza, que he oído alabar, no me convenció entonces, ni, lógicamente, después; su arte, sí. Ese no puede discutirse, porque fue en su género genial, única.

Lo que de su carácter descubrí en mi trato con ella, no puede ser novedad para nadie, porque todo el mundo ha oído hablar de su soberbia, de sus intemperancias, de su vanidad desbordada. Con cuantos se habla de esto, te dicen invariablemente: «Cosas suyas». En efecto, Ra-

quel era de esas personas de carácter raro, extravagante, que la gente justifica diciendo que «tienen sus cosas», que «son cosas suyas».

Sin embargo, cuando quería, resultaba encantadora, suave, exquisita. Yo no tuve con ella rozamiento alguno en las ocasiones que la traté, que justo es confesar no fueron muchas, ni muy íntimamente. Recuerdo con pena la última vez que la vi actuar, en el escenario del Teatro Madrid, unos años antes de su muerte. Necesidades económicas la hacían exhibirse sin voz, sin belleza, gorda y ajada. Un madrileño castizo y de mala intención que estaba a mi lado, hizo al verla aparecer este sangriento comentario:

—Es la momia de San Isidro, con traje de gitana.

Esa noche aplaudi a Raquel más que nunca, porque con mis aplausos quería borrar aquel presente decepcionador y revivir la pretérita gloria, no igualada por artista alguna.

Vivió sus últimos años retirada, en Barcelona. Muy enferma de arterioesclerosis, ingresó en el Hospital de la Cruz Roja el 30 de Abril de 1962. Meses después, el 26 de Julio, dejaba allí de existir a las cinco y veinte de la madrugada. Su entierro fue una auténtica manifestación de duelo.

Todo lo dicho, en más o en menos, está dentro de la línea de las cosas que la gente sabe de Raquel Meller; pero yo se otras poco o nada conocidas, que supe por Aurora Cáceres y Arturo Gazul. Pospongo a ellas incluso lo que me habló y le oí comentar a Raquel en nuestras charlas, por el interés enorme de las referencias aludidas.

Aurora Cáceres, fue una dama peruana de gran posición económica, hija del mariscal de su apellido, importante personaje político en el Perú. Ya vieja, fijó su residencia en Madrid, en donde falleció en 1958. Tuve gran amistad con ella. Vino conmigo a tertulias literarias, comió en mi casa y la visité varias veces en su domicilio.

Era un episodio muy conocido de la vida de Raquel Meller, su matrimonio con el escritor y periodista Enrique Gómez Carrillo, celebrado con toda pompa en Biarritz, el 7 de Septiembre de 1919. Fueron testigos el Conde de Romanones y Pérez Caballero, asistiendo al acto el «tout Biarritz», representado por el Gran Duque Boris, el Príncipe Yansupot, el que diera muerte a Rasputin; la Majarani de Kapurtala, la espectacular Cecile Sorel, la exquisita Gabrielle Dorziat, Maurice Rostand, Pierre D'Arcangues... Yo oí hablar mucho de este acontecimiento en mi primera juventud.

Una tarde, en casa de Aurora Cáceres, observé que tenía varios libros y retratos de Gómez Carrillo. Al preguntarle si fue amigo de ella, me contestó, sonriendo irónicamente:

—Muy amigo. Figúrese: era mi marido.

—¿Cómo? —exclamé asombrado—. Siempre creí que su mujer fue Raquel Meller.

—Enrique —siguió diciendo— no se podía casar con ella ni con otra, porque desde bastantes años antes estaba casado conmigo, con todas las de la ley, sin mediar anulación alguna. Aquello de Biarritz no podía ser válido ni siquiera en Francia. En el fondo resultaba un caso de bigamia. A Enrique le encantaba que hablaran de él. Se desvivía por llamar la atención y por las espectacularidades. Fue un gran escritor, pero tuvo ese defecto. Raquel era famosa y la boda tenía que ser muy comentada. Lo mismo había ocurrido antes con la bailarina y espía Mata Hari. Yo estoy convencida de que ni fue su amante, ni fue cosa de él llevarla engañada a Francia para que la fusilasen. Sin embargo, no le importó pasar casi por asesino, con tal de que el mundo entero hablara de él. El matrimonio, con Raquel, del que tuvo una hija llamada Elena, se anuló luego. Esto está ya muy lejos. Enrique, que era americano como yo, pues había nacido en Guatemala, murió en 1927.

Todo lo consignado y lo que Aurora me siguió contando era tan interesante, que lo grabé bien en mi memoria y lo escribí al llegar a mi casa. He aquí lo que agregé, que puedo asegurar que está consignado literalmente:

—He seguido sabiendo de Raquel con mucho detalle. La última etapa de su vida ha sido triste. Por 1938, se casó con un judío francés, entre negociante y aventurero. Se llama Edmond Saiac. El se hizo católico, como podía haberse hecho cuáquero. Se casaron por la Iglesia, en Barcelona. Ella tenía seis chalets en Vilefranche, y otros dos más, soberbios, uno que habitaba ella y otro su madre, todos con preciosos jardines. Al casarse le hizo un poder ilimitado a su marido, y éste le vendió, no sólo los chalets sino hasta una casa que poseía en París. Esto representaba muchos millones. La finca que tenía en Versalles, un verdadero palacio, que fue de un cortesano de Luis XVI, con muebles de época y obras de arte valiosas, creo que la había vendido ella antes. Raquel es generosa y buena en el fondo; pero muy mala administradora. Le roban cuantos la rodean y derrocha sin cesar. Su casa de Villefranche la tenía montada por todo lo alto. En ella comió más de una vez Alfonso XIII. Ha vendido joyas y cuadros. El marido le manda algún dinero; pero todo es poco, porque sigue gastando sin tasa. Se vé obligada a contratarse, para salir a los escenarios haciendo el triste papel que Vd. sabe. De su carácter nada tengo que decirle. Ya sabe Vd. como es: rarezas, extravagancias: cosas suyas.

Aurora hablaba sin pasión, bondadosamente. Yo la oía sin perder palabra. Hizo una pausa y siguió, diciendo:

—De este segundo y auténtico marido tiene un hijo, nacido en Buenos Aires. Creo que es un buen muchacho. Le puso de nombre Enrique, en recuerdo de mi marido. Lo bautizó en el barco en que regresaba a España. La gente ha comentado, supongo que sin fundamento, que no es hijo suyo, sino que se lo dieron, lo adoptó y lo tiene como tal, queriéndole con locura. La duda arranca, posiblemente, de que cuando nació el muchacho, en 1938, Raquel tenía cincuenta años.

Las cosas consignadas, que le oí a Aurora Cáceres, se completan con otras que me llegaron de un gran amigo, el fino escritor extremeño Arturo Gazul.

Gazul vive hace años en Barcelona y tenía gran amistad con Raquel, pues era profesor de francés de su hijo y le estaba ella dictando sus memorias, para que Arturo le diera forma literaria. En una de sus largas y amenísimas cartas, me decía sobre Raquel:

—Es la mujer más compleja que he conocido. Cuando quiere se comporta en gran señora: fina, simpática, de charla amenísima. Pero a lo mejor —a lo peor— sale su soberbia y no hay quien la aguante. Es, con todo, inteligentísima, en tanto no se le suba la soberbia a la cabeza. Tiene reacciones insospechadas. Se ha hecho sinceramente beata: comulga casi a diario... Tiene cosas admirables: su fe, su caridad, su sinceridad. Monárquica hasta la muerte, con un fervoroso recuerdo para los reyes, de los que tiene en su piso, en lugar destacado, sus retratos con cariñosas dedicatorias, durante la República tuvo la bandera española siempre en su camerino, y en una fiesta de caridad, en la Opera de París, hizo sus números con el lazo amarillo y rojo prendido en el pecho... Su hijo es un muchacho bueno y simpático. En casa lo queremos mucho. Raquel lo quiere a rabiar, pero le hace la vida imposible... No puede sufrir que yo lo defienda. No admite que no se le dé la razón en todo. Ya sabes de su carácter y rarezas: «cosas suyas».

Por último, conozco una curiosa anécdota que refleja las sin razones y rarezas de Raquel, ocurrida años antes de su muerte:

El gobierno francés concedió la Legión de Honor a la condesa de Lacambra, amiga mía y figura de máximo destaque en Barcelona. El cónsul de Francia fue a ver a Raquel y le dijo, poco más o menos:

—Desearía que Vd., como española que aquí en Barcelona posee en grado superior la Legión, así como por la profunda estima que se le profesa en mi país, impusiera a la condesa la condecoración. La ceremonia se efectuará en el crucero que tenemos en el puerto.

La artista, con su dulce voz suave, contestó que aceptaba encantada.

Quedaron en que pasarían a recogerla tal día a tal hora. Se presentó en su momento el coche, con un marino de alta graduación. Avergonzado y confuso, el hijo bajó a decirle:

—Mi madre siente mucho no poder asistir a la ceremonia: está en cama con gripe.

El marino, comprendiendo la falsedad de la disculpa, dijo en tono de mal humor:

—Muy bien; que se mejore.

Aquella noche Raquel se presentó a cenar en un restaurante de moda, en el que había varios amigos de la Condesa.

¿Porqué hizo aquello? Por nada. Como siempre, porque ella era así, porque esas eran las «cosas suyas». Para curioso contraste, en el momento de morir la artista, al lado de su lecho estaba la Condesa de La-cambra.

Como genial y única en su arte habrá que recordar siempre a Raquel Meller, disculpando sus extravagancias con ese único comentario posible: cosas suyas.



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial
de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanlicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

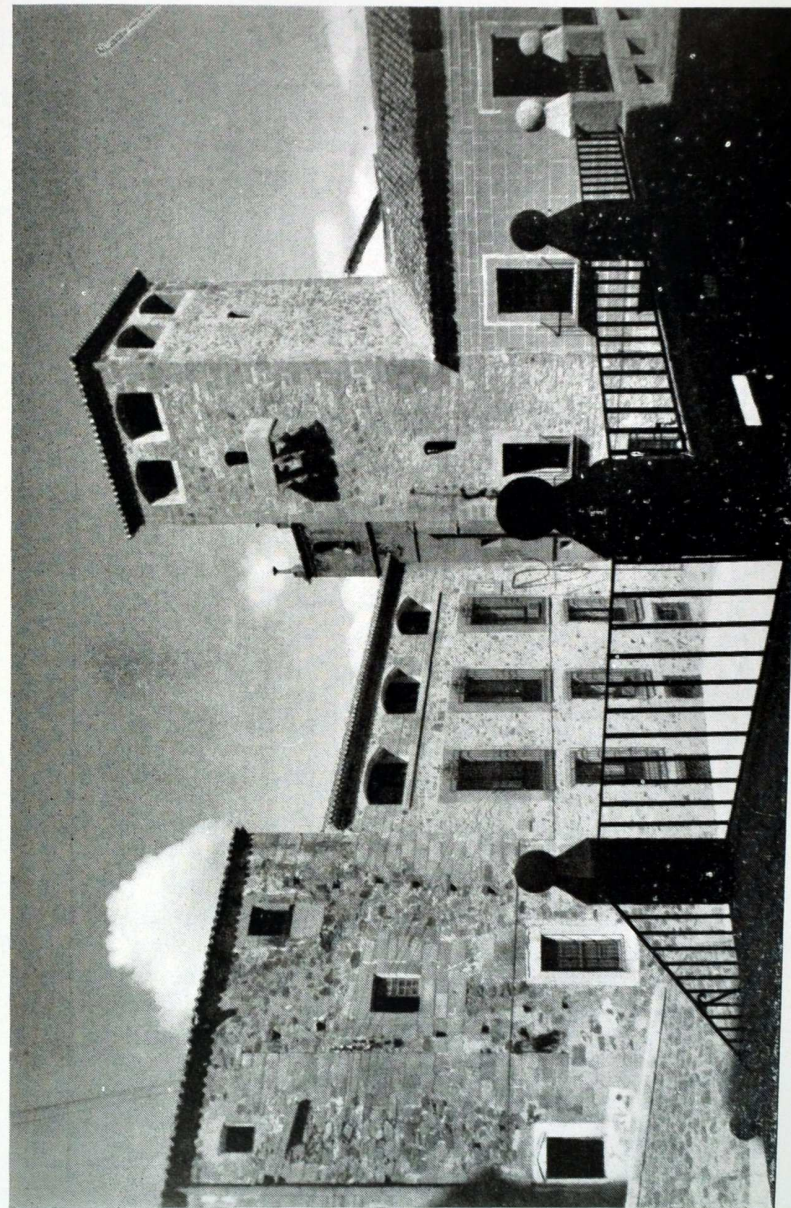
Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Antonio Hurtado, 4 - Cáceres, a Servicios Culturales

o a la Revista «ALCANTARA»



ALBUM EXTREMEÑO.—Ciudad Monumental. Cáceres. (Foto Javier).